

La muerte de Arafat es un punto de inflexión en la historia

Yasir Arafat, Presidente de la Autoridad Palestina, murió en París, Francia, donde estaba hospitalizado, el jueves 11 de enero. En una declaración que emitió al día siguiente, el economista y estadista, y director fundador de esta publicación, Lyndon H. LaRouche, señaló que “la muerte del presidente Arafat define un momento de inflexión decisivo en la historia universal en curso.

El mundo en su conjunto enfrenta el desafío en este momento ominoso de encarar lo que implica para el planeta dejar que el momento de su fallecimiento pase sin que el mundo actúe, aun por los motivos más mezquinos de muchas de las naciones, para al fin poner en marcha una paz tal que permita que el alma del difunto Presidente descansa. Debe ser un acto a favor de la paz, que parta del momento cuando el asesinato impune del primer ministro israelí Yitzhak Rabín desató una nueva oleada de horrores y la ira de las Erinias por toda la región y más allá.

“Ahora el llamado Oriente Medio en su totalidad, que sería más sabio llamar el Sudoeste de Asia, está al borde de un gran horror, que deriva de la total brutalidad desquiciada de ordenarle a los infantes de marina de los Estados Unidos y a otros desperdiciar sus vidas sin ninguna justificación, en la inexcusable conflagración de Faluya en Iraq. Las cosas en la guerra asimétrica que al presente intensifica en la región, misma que incluye tanto a Egipto como a Sudán, en lo inmediato, y que va más allá de Siria a Turquía, al Caúcaso y regiones aledañas, han llegado a un momento decisivo tal, que cualquier intensificación del conflicto, en cualquier parte de esa región, desata una intensificación incalculable del caos asesino por toda esa región y mucho más allá.

“El asunto medular de toda la tensión y los peligros relacionados que hay en la región son las tan torturadas neuronas del prolongado conflicto árabe-israelí. Ahora, desde que el presidente George W. Bush hijo inició la reciente ofensiva continua en Iraq por falsos motivos, e intensificó la amenaza adicional contra Irán y el nivel de tensión en todo el Sudoeste de Asia y más allá, ninguna

nación de esa región, incluyendo el Estado de Israel, puede sobrevivir la propagación del creciente holocausto que ahora amenaza con desatarse a corto plazo, por no haber llevado la paz a los israelíes y palestinos. Ya es hora de que todas las naciones involucradas, incluyendo las de Europa y los Estados Unidos, invoquen el precedente del gran Tratado de Westfalia de 1648, para forzar a un asesino como Ariel Sharon a ir a la mesa de negociaciones, para llevar a cabo un movimiento constructivo de paz con los palestinos. Podría ocurrir, si la combinación de naciones de Europa y los Estados Unidos de América tomaran los pasos necesarios para lograr dichas negociaciones, y garantizar sus posibilidades de éxito a la brevedad.

“Debe reconocerse, y esto lo saben hasta muchos judíos derechistas, que el núcleo de los sionistas proteccionistas de derecha en los Estados Unidos de América lo constituyen antisemitas de la peor ralea. Estos incluyen sionistas que pretenden, sin el menor empacho, efectuar la anticipada masacre de esos judíos que no se conviertan a su variante singularmente gnóstica de ‘cristianismo’. Ya no debe permitírsele a esos extremistas lunáticos de la derecha estadounidense imponer las intenciones de sus perversos, como lo reflejan las políticas del Gobierno de los Estados Unidos.

“En estos momentos de la defunción del presidente Arafat, la esperanza de paz, y la culpabilidad por no lograr esa paz, descansan en su totalidad sobre los hombros del actual presidente George W. Bush hijo. El crédito o la culpa le tocan a él más que a ninguna otra persona. Esta vez, al fin, él tendrá que encarar las responsabilidades de su cargo.

“Nada, ¡absolutamente nada!, debe impedir el logro de un proceso de paz que culmine en un acuerdo como el de la paz de Westfalia.

“Que el monumento al presidente Arafat diga: ‘Valiente corazón, ahora descansa en paz’. Recordemos de la firma del Tratado de Westfalia, que no hay otra cura para el odio profundo que un acto valiente de amor”.